

le habian elegido por su abad, es decir, *abba padre*, el mas ilustrado, el mas cuerdo, el mas virtuoso, y en este concepto debia ser obedecido por todos... Y obedecido era con una obediencia leal y racional, y sin embargo, absoluta; con obediencia que hubieran envidiado muchos reyes y muchos conquistadores, y que solo el sentimiento religioso podia producir.... ¿Eran cobardes? ¿Eran serviles? Los soldados de las legiones romanas podian contestar á estas preguntas... y contestaban diciendo que temian mucho mas al monje desarmado de la Tebaida que á los bárbaros armados, fuesen godos ó vándalos, mauritanos ó españoles.

Dos veces el anciano alzó su báculo para herir á Filemon, y dos veces se detuvo en su propósito. Al fin, levantándose lentamente, dejó al jóven allí arrodillado; y caminando con los ojos fijos en el suelo, se dirigió con ánimo deliberado á la celda del padre Aufugo.

Todos en el monasterio honraban al padre Aufugo. Rodeábale un misterio que aumentaba el atractivo de su admirable santidad, de su dulzura y de su humildad casi infantil. Decíase (en las

raras conversaciones secretas que algunos monges tenian en sus solitarios paseos) que habia sido en el mundo un gran personaje; que habia dejado una gran ciudad, tal vez la misma Roma, para refugiarse en el desierto; y los sencillos monges estaban orgullosos en pensar que tenian en su compañía á un hombre que habia visto á Roma. A lo menos el abad Pambo lo respetaba: nunca habia sido castigado, ni siquiera reprendido: quizá jamás habia dado motivo para ello; pero al fin las reprobaciones eran el medio que se ofrecia á todos para que, sometiéndose á ellas, ejercitasen su humildad. ¿No era el abad un poco parcial con el padre Aufugo? Cuando Teófilo habia enviado desde Alejandría un mensajero con noticias que pusieron en consternacion á todo el monasterio, anunciando el saco de Roma por Alarico, ¿no le introdujo Pambo ante todo en la celda de Aufugo, y allí estuvo tres horas en consulta secreta antes de anunciar la tremenda nueva al resto de la comunidad? Y el mismo Aufugo, ¿no dió al mensajero cartas escritas de su puño, que contenian al parecer profundos secretos de

política mundana, desconocidos de todos? Así, cuando los santos varones, que á las puertas de sus celdas estaban ocupados en sus trabajos manuales, vieron al abad, despues de un arrebato desacostumbrado de descontento, dejar al culpado de rodillas y dirigirse á la celda del sábio Aufugo, pensaron que algun acontecimiento extraordinario y delicado habia ocurrido, y cada cual deseaba sin envidia tener los méritos que el padre Aufugo, para ser consultado y resolver la dificultad.

Por mas de una hora permanecieron Aufugo y el abad en la celda hablando con interés y en voz baja; despues se oyó un ruido solemne, como el de dos hombres que rezan entre lágrimas y suspiros; y todos los monges bajaron la cabeza, elevando sus corazones á Dios y pidiéndole humildemente que guiase sus acciones para el bien del monasterio, de la Iglesia y del mundo. Entretanto Filemon continuaba arrodillado é inmóvil esperando su sentencia. ¿Y quién puede decir lo que pasaba en su ánimo? Hay en el corazon humano abismos insondables, que el poeta por mas que pretenda no puede analizar, y que

debe contentarse con indiciar por medio de los actos á que dan origen.

Al fin el abad Pambo salió grave y lentamente de la celda del padre Aufugo, y sentándose á la puerta de la suya dijo estas palabras:

—“Y el mas jóven dijo, padre, dame la parte que me toca de mi hacienda.... Y tomó el camino hasta que llegó á un país distante, y allí gastó sus bienes en la disipacion y el libertinaje.” Tú, hijo mio, saldrás del monasterio, pues que así lo deseas; pero antes ven conmigo y hablarás al padre Aufugo.

Filemon, como todos los demas, amaba al padre Aufugo; y cuando el abad se retiró y les dejó solos, no sintió temor ni vergüenza al descubrirle su corazon..... Larga y apasionadamente habló en respuesta á las preguntas del anciano, que sin rigidez ni solemnidad pedantesca interrumpió al jóven, y se dejó interrumpir por él amablemente, graciosamente, casi plazeramente. Y sin embargo, su tono era melancólico al contestar al discurso de Filemon.

—Tertuliano, Orígenes, Cipriano, han vivido en el mundo, dijo el jóven. Todos esos y otros muchos mas cuyos

nombres honramos, cuyas oraciones pedimos, eran hombres instruidos en la ciencia de los gentiles y pelearon y trabajaron sin mancilla. ¿Por qué no he de poder yo imitarlos? Cirilo, el mismo patriarca, ¿no ha venido desde las cuevas de Nitria á sentarse en la silla patriarcal de Alejandría?

El anciano levantó la mano lentamente, y echando atrás los espesos cabellos del jóven que tenia arrodillado á sus piés, le miró fijamente con blandos y compasivos ojos.

—¿Y tú quieres ver el mundo, pobre insensato, y tú quieres ver el mundo!

—Quiero convertirlo.

—Para eso es necesario ante todo que le conozcas. ¿Te diré lo que es ese mundo que te parece tan fácil de convertir? Aquí me tienes á mí, pobre y desconocido monge, ayunando, rezando por todo el resto de mis dias para que Dios tenga piedad de mi alma; y no sabes lo que he sido. Si lo supieras, te darías por contento con poder vivir aquí para siempre. . . . Yo soy Arsenio. . . . ¡Ah, loco de mí! Tú, hijo mio, no has oido jamas este nombre, ante el cual en otro tiempo se cubria de pali-

dez el semblante de las reinas y enmudecian sus labios. *¡Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!* Y sin embargo, aquel cuyo ceño hace temblar al mundo, ha temblado delante de mí. Yo he sido tutor de Honorio.

—¿El emperador de Roma?

—Sí, hijo mio. Allí vi ese mundo que tú deseas ver. ¿Y qué es lo que ví? Lo que tú verás: eunucos convertidos en tiranos de sus soberanos mismos; hombres revestidos de altas dignidades besando los piés de parricidas y de prostitutas; mentirosos elogiados por sus mentiras; hipócritas regocijándose en su hipocresía; los muchos vendidos y esterminados por la malicia, el capricho y la vanidad de los pocos; espoliadores de los pobres, despojados á su vez por otros mas ladrones que ellos; cada tentativa de reforma, fuente de peores escándalos; cada ejemplo de elemencia, origen de nuevas crueldades; los perseguidores de ayer perseguidos hoy á su vez con igual furor; cada espíritu infernal exorcizado volviéndose con otros siete peores que él: mentira y egoismo, soberbia y concupiscencia, confusion horrible, Satanás combatiendo con-

tra Satanás en todas partes, desde el emperador que se ostenta en su trono, hasta el esclavo que blasfema entre sus cadenas.

—El reinado de Satanás no subsistirá.

—En el mundo venidero; pero en este subsistirá y vencerá hasta que llegue su término. Estos son los últimos días de que han hablado los profetas, el principio de calamidades, tales como no se han visto jamás en la tierra. Las naciones se miran atribuladas; los corazones de los fuertes tiemblan al pensar en las cosas que van á sobrevenir en la tierra. Yo las preveo: un año y otro he observado como se van acercando cada vez mas terribles acontecimientos. Un año tras otro he observado cómo se acerca el negro torrente de los bárbaros del Norte, semejante á los remolinos de arena que alza el viento del desierto, que pasan una y otra vez hasta que al fin sepultan las caravanas. Yo he previsto esa calamidad, yo he rogado que se tratase de evitarla; pero como la antigua Casandra, ni mi profecía ni mis súplicas han sido oídas. Mi pupilo ha despreciado mis avisos; las disolucio-

nes de la juventud, las intrigas de los cortesanos han sido para él mas fuertes que la voz de Dios; y entonces he cesado de esperar; he cesado de orar por la gloriosa ciudad, porque he visto que su sentencia está ya dada. La he visto en espíritu, como San Juan la vió en sus revelaciones; he visto sus pecados y su ruina. Por eso he huido de ella secretamente una noche y me he enterrado aquí en el desierto para esperar el fin del mundo. Noche y dia ruego al Señor que llame á sus elegidos y apresure la llegada de su reino. Todas las mañanas levanto mis miradas al cielo temblando, y sin embargo, con la esperanza de ver en él la señal de la venida del Hijo del Hombre, cuando el sol se ha de oscurecer, la luna convertirse en sangre, las estrellas caer, el firmamento hundirse, las fuentes del abismo brotar fuego bajo nuestros piés y llegar el fin de los tiempos. ¿Y tú quieres ir á ese mundo, del cual yo he huido?

—Si la cosecha está próxima, el Señor necesita segadores. Si los tiempos son tremendos, yo debo hacer en ellos tremendas cosas. Enviadme allí, y que el último dia me encuentre donde deseo

estar, peleando en primera fila en los combates del Señor.

—Hágase su santa voluntad: irás. Ahí tienes cartas para el patriarca Cirilo. Te amaré por mí, y también por tí mismo, porque creo que te granjearás su afecto. Vas de tu propia voluntad y con nuestro pleno consentimiento. El abad y yo hemos estudiado tu carácter por mucho tiempo, conociendo que en otra parte podías ser más útil al Señor que aquí: no hemos hecho más que probarte para ver en tu presteza para la obediencia si eras apto para el mando. Vete en paz, hijo mío, y Dios sea contigo. No codicies las riquezas mundanas; no comas carne ni bebas vino; vive como has vivido hasta aquí. No temas la faz del hombre, pero guárdate de contemplar la de la muger. Ven, el abad nos espera.

Filemon se levantó con lágrimas de sorpresa, de júbilo, de dolor, casi de miedo.

—Vamos, ven. ¿Para qué causar pena á nuestros hermanos con tantas despedidas? Toma de la despensa provision de dátiles secos y de miyo para una semana; el bote de papiro está amarrado

á la orilla: en él puedes bajar el rio. El Señor nos dará otro cuando le necesitamos. Cuando hayas navegado cinco dias rio abajo, pregunta por la entrada del canal de Alejandria. Una vez allí, cualquiera te guiará á casa del patriarca. Envíanos noticias de tu salud por algun digno mensajeros. Vamos.

Diciendo esto atravesaron juntos el valle y llegaron á la orilla del gran rio. Pambo estaba allí ya, y sus blancos cabellos se veian brillar á la luz de la luna, que empezaba á levantarse, mientras con lentas y débiles manos trataba de botar al agua la ligera canoa. Filemon se echó á los piés del anciano, y deshecho en lágrimas le pidió le perdonara y le diese su bendicion.

—Nada tenemos que perdonar, dijo el abad. Sigue tu vocacion interior. Si es mundana, ella misma será tu castigo; si es del espíritu divino, ¿quiénes somos nosotros para oponernos á la voluntad del Señor? Adios, hijo mío.

Pocos momentos despues el jóven bajaba en su canoa por la rápida corriente á la dorada luz del crepúsculo. Un minuto más, y la noche cubrió la escena con su oscuridad, viéndose tan solo el

pálido reflejo de la luna sobre las aguas del río y sobre las rocas, y los dos religiosos arrodillados en la playa, apoyada la cabeza del uno en el hombro del otro, como dos niños, y llorando y rezando juntos por aquel jóven, objeto querido de su avanzada edad.

CAPITULO III.

LOS GODOS.

POR dos dias el jóven monge siguió la corriente rápida del Nilo, dejando atrás ciudades á la derecha y á la izquierda, y volviendo la vista á las casas de campo que descubria á uno y otro lado, hasta que alguna vuelta del río se las ocultaba; y mas de una vez se le pasaron grandes deseos de saber qué tal parecerian aquellos edificios y jardines contemplados de cerca, y qué especie de vida llevaban los miles de personas que llenaban los muelles y caminaban á pie ó en carruaje, formando un cordón inmenso por las carreteras que seguian una y otra orilla. Evitó cuidado-

samente el encuentro con todos los botes que pasaban junto á él, desde la dorada barca del propietario y del mercader, hasta la débil canoa llena de jarros vacíos destinados á la venta en algun mercado del Delta. Acá y allá vió y saludó algunos monges, que echaban sus redes en algun sosegado remanso, ó que pasaban por el camino para trasladarse de un monasterio á otro; pero todas las noticias que recibió de ellos se redujeron á decirle que el canal de Alejandria estaba aun muchas jornadas mas abajo. Parecíale que no habia de concluirse nunca aquella monótona vista de dos elevadas riberas de arcilla, con sus esclusas y azudes y sus vergeles de palmeras: era casi infinita aquella monótona série de barras arenosas y bancos de limo, idénticos todos, presentando todos á la vista la misma línea, al parecer, de maderos ó piedras, pero en realidad, como observaba Filemon al acercarse, de cocodrilos que tomaban el sol ó de pelicanos dormidos. Sus ojos, cansados con la estrechez de los límites á que podia estender la mirada, ansiaban deleitarse en la ilimitada estension del desierto, en los vagos perfiles de las re-